



UN MILENIO DE LUCHA COTIDIANA  
APUNTES PARA LA HISTORIA OTOMÍ

PABLO ESCALANTE

Dicen que los naturales de aquella tierra y provincia son los otomíes, y que viniendo después los mexicanos les fueron poco a poco ganando las tierras hasta hacerlos tributarios, y así tomaron para sí los valles y llanos, tierra fértil y apacible, y los otomíes se apartaron...

Antonio de Ciudad Real



La lengua otomí pertenece a la familia otomí-pame<sup>1</sup> del grupo otomangue. Este grupo se habrá separado del grupo maya, constituyéndose en un grupo aparte, en alguna época entre el año 8000 y el 5000 antes de Cristo. A su vez, la familia otomí-pame se habrá escindido del grupo entre el 4800 y el 4000 a.C.<sup>2</sup> Todo esto según las últimas estimaciones de la glotocronología, que parecen bastante confiables.

La manera como se ha producido la dispersión de las diferentes lenguas que integran el grupo otomangue, ha llevado a varios investigadores a proponer que entre el año 8000 y el 5000 a.C. los hablantes de dicho grupo se alojaban en la zona ocupada hoy por Tlaxcala, el centro y sur de Puebla, el centro-oeste de Veracruz, el nor-noroeste de Oaxaca y acaso alguna parte de los estados de México e Hidalgo. En particular se ha señalado el Valle de Tehuacán como una región ocupada por dicho grupo.<sup>3</sup>

La localización del grupo, la presencia del Valle de Tehuacán en el núcleo de la zona asignada y el cotejo eficaz de los datos de la arqueología con los del modelo estadístico de las lenguas otomangues, conducen con un buen margen de probabilidad a

la afirmación de que los miembros del grupo otomangue fueron los primeros cultivadores del México Antiguo. En el momento en que la familia otomí-pame se separa del grupo (alrededor de 4400 a.C.), ya se cultivaban, cuando menos, el chile, la calabaza y el maíz.<sup>4</sup> Y para el asunto que más interesa en estas notas, debemos seguir adelante hasta el año 1500 a.C. aproximadamente. En esta fecha el otomí y el pame se escindieron.<sup>5</sup> El análisis a que se ha sometido a ambas lenguas arroja datos muy interesantes: antes de separarse, pames y otomíes (que no lo eran aún, pues) practicaban la agricultura, molían el maíz en metate, hilaban fibras y tejían, comían tortillas y quizá tamales. La afinidad de las raíces en las palabras clave es prácticamente absoluta, desvaneciéndose parcialmente entre el otomí y el pame del norte, por ser éste, como se apuntó, el que se alejó más tempranamente.<sup>6</sup>

Los resultados obtenidos por la lingüística son fundamentales para el conocimiento de la historia más remota del pueblo otomí. Ellos permiten, por cierto, rechazar la idea sostenida por muchos autores hasta tiempos recientes, de que los otomíes arribaron tardíamente a Mesoamérica, irrumpiendo en el mosaico orquestado de los más antiguos cultivadores.<sup>7</sup> Naturalmente se descarta, al mismo tiempo, la idea de que los otomíes arrastraban –en el siglo XVI– una secular tradición de recolección y caza que apenas les permitía iniciar con torpeza sus primeras prácticas agrícolas.<sup>8</sup>

Ahora bien, ¿qué sucede con los otomíes entre el año 1500 a.C. y el siglo XII (fecha más temprana a la que aluden las fuentes escritas)? Los mapas de localización de lenguas y grupos trazados por Swadesh, y luego por Manrique, proponen que hacia fines del Preclásico Temprano los grupos de la familia oto-pame están alojados en el Altiplano Central, con una prolongación hacia el norte correspondiente a los pames. Los otomíes quedan ocupando, entonces, la zona central (al sur quedarían ocuiltecos y matlatzincas, y más tarde los mazahuas –que se separan de los otomíes hacia el 700 a.C.) con una ligera inclinación al oeste; abarcando en su mayor parte el norte del Valle de Toluca, Xilotepec y el Valle del Mez-

quital. Si para el siglo XVI los otomíes siguen teniendo “su riñón” –como dice Motolinia– en Xilotepec, y sabemos que los movimientos hacia el sur (Xochimilco y Tlaxcala) corresponden con el Posclásico, parece bastante probable que la zona que ocupaban alrededor del año 1500 a.C. haya sido la misma que ocuparon durante los siglos subsecuentes.

Los otomíes deben haber sido testigos del descenso de grupos nahuas al Altiplano Central. En este ámbito geográfico tuvieron que convivir, durante el Clásico, otomíes, nahuas y totonacos. Es difícil saber de qué manera estaban relacionadas las etnias con los procesos políticos del momento. Jiménez Moreno propuso que el grupo en el poder era de filiación nahua, pero no hay pruebas suficientes para demostrar que los advenedizos tomaron la dirigencia de un proceso cuyas raíces estaban en el Altiplano mismo. Estando dentro de la órbita de la hegemonía teotihuacana, algunos grupos de otomíes deben haber quedado sujetos a la tributación, formando parte del cinturón aldeano agricultor de Teotihuacán, la otra cara de la medalla de una metrópoli densamente poblada, con un minúsculo número de productores de alimento.<sup>9</sup> Habría sucedido esto, independientemente de que el grupo dominante, y quizá mayoritario, de la ciudad fuera otomí o totonaca, y no nahua como proponía Jiménez Moreno.

Después de la decadencia teotihuacana (iniciada bruscamente hacia el año 650 d.C.), da comienzo una serie de movimientos de población que no habrán de concluir sino en tiempos de la conquista española. Sin embargo, los otomíes no se vieron involucrados en los desplazamientos; cuando menos, no hay evidencia de ello.

Siendo relativamente oscura la historia del Altiplano en el Posclásico Inicial, y no solamente para el caso de los otomíes, sino aun para el de los “protagonistas” toltecas, hay algunos datos que pueden proporcionar pistas útiles. Las leyendas rescatadas en el siglo XVI sugieren, a su manera, en ese abigarrado paisaje mítico, el encuentro entre toltecas y grupos locales. Dichos grupos locales eran –de acuerdo con la zona donde parece haberse

alojado la cabecera política del poder tolteca— precisamente los otomíes. Jiménez Moreno ve a los otomíes en los cuatrocientos *mimixcoa*,<sup>10</sup> y Carrasco sugiere otros vínculos. Sabiendo, como sabemos, por tradiciones históricas concordantes y bastante firmes, que el grupo dominante en Tula (Tollan Xicocotitlan) era el náhuatl (ya fueran los tolteca-chichimeca venidos del norte o los nonoalca venidos del sur), nos quedan dos posibilidades para estimar la participación de los otomíes-atrapados en aquel ámbito de poder: a) los otomíes se mantuvieron viviendo en la región hasta cierto punto al margen del fenómeno político, comercial, bélico, etc. encabezado por los toltecas, o bien b) sufrieron la dominación de éstos, expresada bajo la forma de exigencia tributaria (en cualquiera de sus versiones o en varias de ellas). Mi idea del funcionamiento de la historia mesoamericana me inclina por la segunda posibilidad, si bien reconozco que no hay manera, al menos hoy día, de demostrarla. Si se aceptara que la tradición oral nahua, recogida principalmente por las crónicas del siglo XVI, está configurada en muchos puntos desde la época tolteca, podría hallarse allí una vía de argumentación. La descripción de los otomíes hecha por los informantes de Sahagún, sus alusiones a la *vox populi* sobre los otomíes, revelan un juicio peyorativo a la vez que una estimación favorable del rendimiento de aquellos en el trabajo agrícola: “los mismos otomíes eran muy perezosos, aunque eran recios y para mucho, y trabajadores en labranzas; no eran muy aplicados a ganar de comer y usar de continuo el trabajo ordinario...”<sup>11</sup> Por otro lado está la anécdota de los *Anales de Cuauhtitlán*, que acaso refleja el abuso de los toltecas sobre sus vecinos. Cuando los toltecas adoptaron el desollamiento de hombres, “su primera víctima fue una mujer otomí que estaba aderezando hojas de maguey en el río Tollan”.<sup>12</sup>

Habiéndose producido el colapso del poder tolteca, a lo largo de los siglos XII y XIII se dieron nuevos movimientos de población. Un grupo numeroso de migrantes toltecas parece haber acudido a Metztitlán, donde se estableció por algún tiempo, antes de descender sobre Cholula.<sup>13</sup> Otro grupo se dirigió de Tula a diferentes

zonas de la Cuenca de México.<sup>14</sup> Al mismo tiempo se producía el ingreso en el área mesoamericana central de varios grupos que en las fuentes reciben por igual el apelativo de “chichimecas”. Provenientes de algún lugar en la zona este del actual estado de San Luis Potosí y sur de Tamaulipas, arriban a la Cuenca los “chichimecas de Xólotl”. Poco después ingresan los varios grupos chichimecas de la *Historia Tolteca*, que, según la leyenda, acudían al auxilio de los toltecas en la lucha por Cholula contra los olmeca-xicalanca. Ya avanzado el siglo XIII, los chichimecas de Hireti-ticátame ingresan a la región lacustre de Michoacán. La penetración de todos estos chichimecas está claramente vinculada con el desprendimiento de la frontera norteña de Mesoamérica. Sin embargo, no creo que se trate de grupos recolectores-cazadores sin conocimiento de la agricultura; la mayoría de ellos (si no es que todos) eran mesoamericanos fronterizos que habían intensificado su actividad de recolección y caza de manera eventual, para enfrentar el problema migratorio y quizá la escasez de productos agrícolas sufrida en la zona que abandonaban.

A diferencia de lo que parece haber ocurrido a la caída de Teotihuacán, después de que Tula sucumbe los otomíes realizan una serie de desplazamientos (quedando, desde luego, una parte de la población en su antiguo lugar). A principios del siglo XIII un cabecilla otomí, Chiconcuauh, guiando a un grupo de su propia etnia, se establece en Xaltocan con el permiso de Xólotl.<sup>15</sup> Otros otomíes van a poblar el sur de la Teotlalpan.<sup>16</sup> Algunos más, se acercan al lago, asentándose en la región de Cuauhtitlán.<sup>17</sup>

Según parece, la crisis tolteca es una causa directa del abandono de los asentamientos en el Valle Malpaso, en Zacatecas;<sup>18</sup> pero el desprendimiento de la totalidad de la frontera norteña de Mesoamérica no se explica por ese solo hecho. Como Armillas sostuvo,<sup>19</sup> y actualmente reitera Michelet,<sup>20</sup> apoyándose en las investigaciones de Lawer, es posible que un periodo de inestabilidad climática (entre el año 900 y el 1200 d.C.) haya dado al traste con numerosos asentamientos de agricultores permanentes de las zonas norteñas, concluyendo con una desecación generalizada que

habría abierto una cuña –en su impacto más sureño– precisamente en la zona del Valle del Mezquital. Este último fenómeno explicaría de alguna manera la tendencia (que se acaba de señalar arriba) de los otomíes de la región a desplazarse hacia el sur y sureste (Lago de México y sur de la Teotlalpan).

Sea cual fuere la explicación del desplazamiento, es precisamente durante los siglos XIII y XIV, en la nueva localización de un numeroso grupo otomí, que la etnia vive uno de sus momentos más afortunados dentro del concierto de las fuerzas políticas del Altiplano. El señorío de Xaltocan verá crecer su poder paulatinamente. Su ámbito de influencia llegó a abarcar toda la zona norte de la Cuenca, alcanzando Metztlán y la Huasteca. Precisamente en ese momento parece iniciarse la migración de otomíes a estas dos últimas regiones.

Pero la gloria de Xaltocan fue efímera, como efímeras fueron todas las glorias en el Altiplano Central durante el Posclásico. El ascenso tepaneca restó poder a Xaltocan, y en 1395, con el auxilio de los mercenarios mexicas, Tezozomoc derrotó al reino de los otomíes.<sup>21</sup> Un resultado inmediato de la guerra fue la dispersión. Algunos otomíes huyen a Metztlán y Tototepec, otros se acogen a la protección de Techotlala, permaneciendo en el Acolhuacan, y otros más marchan hasta Tlaxcala. También hubo muchos que se quedaron.

Cuando la Triple Alianza (de México, Tlacopan y Tetzaco) toma la estafeta de la hegemonía, releva a Azcapotzalco en el dominio de la periferia. La Triple Alianza ejerce su poder sobre buena cantidad de pueblos aún otomíes,<sup>22</sup> pero se le escapan zonas donde los otomíes se habían refugiado constantemente: Metztlán y Tlaxcala. Tampoco pudo dominar la Triple Alianza la región tarasca, y allí acudieron contingentes de otomíes huyendo de la dominación. En este caso fueron fundamentalmente otomíes del Valle de Toluca, acompañados por grupos matlatzincas.<sup>23</sup> Es posible que en este desplazamiento se haya generado la mancha de hablantes de otomí que existe en Jalisco hasta el siglo XIX.

El último desplazamiento de otomíes en la época prehispánica

parece darse nuevamente hacia Tlaxcala. Es entonces cuando Huamantla se llena de otomíes, procedentes quizá de Atocpan (Actopan).



## II

Los otomíes de Tlaxcala fueron los primeros opositores –acaso involuntarios– a Cortés en el Altiplano.<sup>24</sup> Pero también se contaron entre los primeros que se le unieron, tanto los propios tlaxcaltecas como los “serranos” del sur del Lago de México.<sup>25</sup> Consumada la conquista, los otomíes aparecerán una y otra vez en la historia colonial. La mayor parte de ellos en un lugar marginal, aun dentro del grupo dominado.

Quizá los otomíes de Tlaxcala gozaron de la relativa independencia y mejor trato que se otorgó a toda la provincia; si bien tienen que haber padecido, como grupo no nahua y apartado de los cargos dirigentes, los mismos problemas que aquellos de Tepeaca (pues también había otomíes en Tepeaca, en la provincia y en la ciudad).<sup>26</sup>

Los pueblos otomíes del Valle de Toluca, como los de la periferia de la Cuenca y los de Metztitlán, se insertaron rigurosamente en el patrón de explotación colonial y sufrieron sus plagas: tributación, muerte por enfermedades epidémicas, congregaciones, abusos y despojos.<sup>27</sup>

Un caso hasta cierto punto atípico lo constituyen los otomíes de Xilotepec-Querétaro. La colonización de tierras chichimecas, encabezada por caudillos otomíes, resultó de tal importancia para los españoles –en pos de la plata–, que ganó para los primeros una situación privilegiada. Ciertamente que no todos los otomíes

de la región gozaron de privilegios, pero los caciques fueron honrados con mercedes y prerrogativas, así como su parientes y su descendencia.<sup>28</sup> A tal punto, que todavía a mediados del siglo XVII, en la ciudad de Querétaro, eran los descendientes del fundador, Fernando de Tapia “Conin”, quienes dominaban la política local.<sup>29</sup> Los indios nobles, por otra parte, estaban sumamente alejados en sus costumbres del resto de los indios. El alcalde mayor de Querétaro recuerda así a don Fernando, en 1582: “tratábase al uso español en su comida y bebida con su mesa alta, sillas y manteles, y servilletas de Castilla, plata labrada y le servían cubierto...”<sup>30</sup> El hijo de Fernando, don Diego, se parecía más a un español que a un indio; sus intereses eran los del grupo dominante. Las tierras que don Diego tenía llegaban hasta la ciudad de México; además era dueño de casas, huertas y lotes; era uno de los principales ganaderos de la región y poseía las fajas mineras de Xichú, Palmar, el Valle de San Francisco y Escanela.<sup>31</sup> Beatriz, rica como su hermano, procuró encargar en su testamento importantes donaciones para cofradías de indios comunes, y otorgaba bienes a varios individuos necesitados. La hija de Conin era cristiana hasta la médula; no le alcanzan los folios testamentales para encargar las misas y rezos que debían hacerse después de su muerte.<sup>32</sup>

La “plebe” otomí de Querétaro no era, en realidad, distinta de la de las otras zonas. Su calidad de indios les confería vulnerabilidad ante la explotación y les granjeaba epítetos y juicios injustos, malos tratos y desprecio. Quiero citar nuevamente la “Descripción de Querétaro”, una de las fuentes más importantes para la historia de los otomíes. Dice el alcalde mayor, al referirse a los indios comunes:

todos son de bajo entendimiento muy terrestre, no tienen honra ni la sustentan...son muy sucios en su vestir y comer, de muy vil y cobarde ánimo y desagradecidos al bien que les hacen. Son muy bárbaros...es muy gran parte la barbaridad de su lenguaje...su inclinación natural los lleva a todos géneros de vicios...son grandes mentirosos...no tienen temor ni respeto...son grandes supersticiosos y que miran en agujeros grandemente...lo que hacen [de trabajo] es con tanto espacio y flema que sale más labor de un español en un día que de diez de éstos en dos... En la lujuria son muy cálidos...dándose las mujeres muy fácilmente son amiguísimas de negros y mulatos...<sup>33</sup>

Esta descripción bien pudiera haberse hecho en otras zonas de la Nueva España, pues las alusiones peyorativas a los otomíes abundan, siempre se habla de ellos como de gente particularmente bárbara, “cálida” para la lujuria, de corto entendimiento y dada a la embriaguez.

Mucho tenía que ver la corta comprensión con que los españoles se acercaban a ellos, sin conocer su lengua. Se pretendía que los otomíes hablaran el náhuatl y algunas zonas acabaron, en efecto, nahuatizándose.<sup>34</sup> Pero en la mayoría de los casos lo que abundaba era la ausencia de comunicación. Me ha sorprendido, al revisar las relaciones escritas en respuesta a la visita y requerimiento de Ovando, la cantidad de pueblos de otomíes que carecían de religiosos conocedores de la lengua. Este fenómeno era particularmente frecuente en parroquias seculares, como lo señalará más tarde, quejosamente, Alegre.<sup>35</sup> El mal llegó a tal grado que se dejó prácticamente sin adoctrinar a muchas comunidades de otomíes. En este sentido, el Colegio de La Compañía en Tepotzotlán tuvo mucha importancia. De él se enviaban religiosos hablantes de otomí a muchas zonas de Nueva España. Allí estudiaría Carochi la lengua y produciría el vocabulario otomí que –si las conjeturas son correctas– es el anónimo que hoy se conserva en la Biblioteca Nacional.<sup>36</sup>

El enfrentamiento de los españoles con el problema de aprender el otomí y utilizarlo dejó abundantes testimonios en la época colonial: doctrinas, confesionarios, vocabularios y artes.<sup>37</sup> Y es que, finalmente, “se redujo a arte aquella lengua bárbara”.<sup>38</sup>

La poca información que existe fuera de los archivos para los siglos XVII y XVIII en cuanto atañe a los otomíes, se reduce a los grupos de Querétaro. La colonización que ellos mismos habían iniciado, a Guanajuato, pero sobre todo al norte de Querétaro, continuó, penetrando ahora a San Luis Potosí. En 1680 los otomíes fundaron un pueblo en San Diego, cerca de Santa María del Río. Cuando los franciscanos de Michoacán se instalaron en Río Verde, fundaron un pueblo, forzando a residir en él a mascorros,

coyotes, guachichiles, pames y otomíes. Estos últimos constituirían el elemento civilizador. Ciudad del Maíz fue un intento frustrado de hacer convivir a pames y otomíes: los primeros se fugaban continuamente, y al final se acabó por aceptar que el pueblo era de los otomíes y los alrededores de los pames.<sup>39</sup> Los otomíes que ingresaron en San Luis Potosí en el XVII, aparecen en los registros del XVIII como “gente de razón”; para entonces habían perdido su lengua.<sup>40</sup>

En el mismo siglo XVIII se produjeron brotes de violencia en zonas otomíes. En Querétaro, las arbitrariedades y abusos que se operaron sobre la población indígena, con la expansión de la hacienda, dieron pie a dos levantamientos generales entre 1767 y 1793.<sup>41</sup> En Axácuba, en el Valle del Mezquital, la hacienda con su lógica de atropellos también ocasionó conflictos. Se ha conservado la memoria del siguiente suceso: José Monterde y Antillón, hacendado del lugar, intentó destruir la vivienda de uno de los vecinos del pueblo; asimismo pretendía impedir a la totalidad del pueblo el uso de un abrevadero y de ciertas tierras. Como consecuencia, todas las mujeres de Axácuba se amotinaron en contra del hacendado. Además se sucedió un largo proceso de alegatos y disputas por la tierra en la localidad.<sup>42</sup>



### III

En el siglo XIX tenemos nuevamente testimonio de los estragos causados por la hacienda en Querétaro. Su crecimiento se tradujo en el despojo de muchos indios, que se internaron en la Sierra Gorda. Soustelle dice que ese proceso migratorio continúa hasta nuestros días.<sup>43</sup> Los que se quedaron, se vieron frecuentemente involucrados en motines y revueltas.<sup>44</sup>

El Valle del Mezquital fue escenario de importantes acontecimientos políticos durante el periodo de la lucha armada de 1810 a 1812. Pero no fueron precisamente los indios quienes protagonizaron los episodios; según Manuel Arellano, no podían comprender las nuevas ideas de liberación “encadenados a un monolingüismo que les limitaba el análisis de ese problema”.<sup>45</sup> O acaso porque no era propiamente su liberación la que se discutía en el conflicto. Los otomíes integraron forzosamente los ejércitos de algunos hacendados levantados en armas, o bien engrosaron –también forzosamente– las filas de los realistas que combatían a aquellos.

Desde el momento en que se sofocó la lucha, hasta la década de los sesenta del siglo XIX, se señala un periodo de intensa actividad liberal en el Mezquital, concretamente en Huichapan (donde se había refugiado, en pleno conflicto, la imprenta de López Rayón) y en Alfajayucan.<sup>46</sup> Pero no participaban más que unos cuantos criollos y mestizos. En verdad, en el siglo XIX, mientras se oía el canto de cisne de la libertad, las comunidades indígenas eran marginadas y su despojo llegó a agravarse en aras de la libre concurrencia. Aquella fue una época (la época de “lo indígena como cosa objeto que determino”, como dirá Villoro)<sup>47</sup> en la que el indio desempeñó su papel más importante en el seno de las disputas académicas y los boletines de las sociedades científicas. Se escribieron disertaciones en latín acerca de la lengua otomí para darles lectura en Filadelfia.<sup>48</sup> Se hicieron estudios filológicos comparativos del otomí y el chino...<sup>49</sup>

En nuestro siglo los estudios sobre la lengua otomí corren fundamentalmente a cargo del Instituto Lingüístico de Verano. Con la amistad de Townsend y Cárdenas se inició una larga historia de compromisos y apoyo oficial a la organización norteamericana. El ILV llegó (nació, en realidad) en un buen momento; justo cuando el discurso del Estado mexicano planteaba de modo más enérgico la necesidad de acudir a buscar al marginado para integrarlo en las tareas y permitirle gozar de los frutos de la Revolución. El Lingüístico de Verano tenía recursos de los que México carecía; tenía (y tiene) dinero, equipo y muchos lingüistas

y estudiantes de lingüística. Como señala Aguirre Beltrán, uno de sus pocos defensores públicos, “la vida productiva del ILV es ejemplar si la medimos con base en las aportaciones científicas que, en el lapso breve de 40 años, hace al conocimiento de las lenguas originalmente americanas”.<sup>50</sup>

Además, en la folletería de alfabetización del Instituto se encuentran eventualmente materiales útiles para el estudio de la historia indígena. Es, sobre todo, el caso de las series que registran relatos tradicionales. Por ellas tenemos testimonio, citando sólo un ejemplo, de la violencia y el hambre que afectó a la zona otomí de la Huasteca durante la Revolución.<sup>51</sup>

Pero también está la otra cara del quehacer de los evangélicos, su función desintegradora, su control ideológico, la división de las comunidades, el entorpecimiento de programas de desarrollo local y, últimamente en otros países, la contrarrevolución.

Hay una zona donde el ILV se vinculó fuertemente con organismos estatales: la del Valle del Mezquital. Allí los lingüistas constituían algo así como el brazo letrado de un gran proyecto de desarrollo regional que fue bautizado con el nombre de Patrimonio Indígena del Valle del Mezquital. El Patrimonio se fundó el primero de septiembre de 1951, por decreto del presidente Alemán. El propósito era coordinar la labor de varias Secretarías de Estado para hacer más efectivo su trabajo. El punto medular del plan de acción estaba en el desarrollo de sistemas de riego; al mismo tiempo se buscaba mejorar el régimen alimenticio de los habitantes, llevar escuelas al Valle y sembrar redes de caminos y puentes.

No es casual que haya tocado a Alemán la creación del PIVM; el México industrial y moderno no podía dejar a un lado a decenas de miles de individuos, no podía dejar de extender su desarrollo a una zona que, además, estaba tan cerca del centro. Creo que el PIVM ha de entenderse fundamentalmente como parte del empuje industrializador: está inserto en una política que busca la transformación, el desarrollo; introducción de maquinaria, apertura de vías de comunicación y habilitación del mayor número posible de ciudadanos en el ejército industrial. La publicidad y

los discursos oficiales dejan ver con claridad este proceso. Las fotografías que dan testimonio del trabajo del PIVM se parecen mucho a los carteles del alemanismo: canales de riego que, con la perspectiva conseguida por la cámara, se prolongan hasta el infinito; máquinas modernas junto a los instrumentos tradicionales de cultivo; instalaciones escolares, también modernas; hileras de casas sólidas frente a chozas...<sup>52</sup> La gestión dio pie a un discurso que mostraba al Estado como gran benefactor. Varios grupos de acción indigenista cerraron filas con el proyecto, Gamio a la cabeza. Además, el indigenismo de entonces estaba plenamente identificado con el ideal de integrar.

Fuera de la esfera del ilusionismo, y en la cauda más bien sórdida que arrastraba tras de sí la sonrisa oficial de la creación de riqueza, vemos un Mezquital con otros rasgos. En el PIVM había una clara tendencia a la espectacularidad.<sup>53</sup> Muchas de las acciones eran estériles. Frecuentemente se llenaron de agua depósitos para el día de su inauguración, abandonándolos después al desuso. Las escuelas inauguradas no eran lo suficientemente atractivas en su moderna imagen, como para arrancar a los niños del núcleo familiar, donde tenían funciones económicas que cumplir. Una planta para el procesamiento del pulque abierta con bombo y platillo en Santa María Tecajete dejó de funcionar poco después de la apertura.<sup>54</sup> En varias localidades las casas nuevas no fueron habitadas por los indígenas, que se negaron a abandonar sus viejas moradas.

Por otro lado, el afán integrador daba pie a medidas improvisadas, que contradiciendo los hábitos tradicionales de las comunidades, ocasionaban más daños que beneficios. Es significativo el asunto de la nutrición, para el cual cito una anécdota que me parece elocuente:

En el Valle del Mezquital se intentó sustituir el pulque por la leche en un grupo de asalariados indígenas que trabajaban en un proyecto gubernamental. Los ensayos fueron abandonados cuando los aparentemente favorecidos rechazaron el cambio bajo el pretexto, real o ficticio, de que el nuevo alimento provocaba en ellos trastornos gastrointestinales.<sup>55</sup>

No sería nada extraño (es lógico que suceda) que adultos no habituados a tomar leche hubieran dado síntomas de intolerancia a la lactosa, el primero de los cuales es la mala digestión. Pero esto no es lo más grave. Exactamente igual que los españoles del siglo XVI,<sup>56</sup> los sujetos involucrados en el proyecto del PIVM veían con muy malos ojos el hábito de la ingestión de pulque (hábito secular). No se detuvieron a pensar que el pulque, en el contexto de la alimentación tradicional, tenía, o tiene, un lugar sumamente importante. El alto porcentaje de calorías y de vitamina C que brinda el pulque no puede restarse a la dieta sin un fuerte desequilibrio.

Los estudios que se han hecho sobre la alimentación en el Valle del Mezquital<sup>57</sup> demuestran que la desnutrición es más un lugar común que una realidad; cuando menos en el Valle del Mezquital de los años cincuenta. Hay marginación; eso es incuestionable. Hay una marginación sistemática que comparten los indios de todo el país, y hay, concretamente, una grave carencia de servicios de salud. Pero, en la medida en que el medio de los indígenas se ve intervenido en menor grado por la acción transformadora de centros industriales y urbanos, y aun de proyectos de irrigación para la producción a gran escala (donde los indios sólo caben como asalariados sobreexplotados), en esa medida es posible que se mantenga una dieta al menos suficiente, a través de los recursos tradicionales donde la recolección parece desempeñar un papel muy importante. Los científicos que fueron a investigar el nivel nutricional del Valle, en 1950, regresaron sorprendidos por los resultados, y atónitos al descubrir que “estos indígenas consumen algunos insectos en forma de gusanos o larvas”, y que recolectaban plantas silvestres que nadie pensaría “que puedan ser consumidas como alimentación del hombre”.<sup>58</sup>

Hay otras zonas otomíes donde también las tradiciones siguen otorgando la clave de la subsistencia. Algunos bordan y tejen. En el sur de la Huasteca se hace producir una tierra rica con los mismos instrumentos que se han usado por milenios (si bien luego ha de lidiarse con intermediarios, autoridades y usurpadores). En San

Pablito Pahuatlán, en esa misma región, se sigue produciendo el papel de amate, también con las técnicas ancestrales. Con él se hacen figuras para el ritual; con él se rinde culto a las personales fuerzas que animan el mundo. Sobre el papel se sigue vertiendo sangre para ofrendar y hacer que la vida continúe su curso, retando a la agonía.

## Notas

<sup>1</sup> Llamada también otapame u otomiana. Ver Sylvia Gutiérrez de Limón, *Arqueología del Valle de Ixtlahuaca*, México, Gobierno del Estado de México/FONAPAS, 1979, p. 23. Allí se cita a los diferentes autores que han dado nombre a la familia. Se ha llamado también a la familia "otomí", haciéndose en este caso la mención particular de la lengua otomí como "otomí proper"; esto sucede en Leonardo Manrique, "The Otomi", en *Handbook of Middle American Indians. Ethnology*, v. 8, 2a. parte, Austin, University of Texas Press, 1969, p. 282.

<sup>2</sup> Marcus fija estas fechas haciendo una recopilación de los diferentes trabajos sobre el tema. Ver Joyce Marcus, "The Genetic Model and the Linguistic divergence of the Otomangueans" en *The Cloud People. Divergent Evolution of the Zapotec and Mixtec Civilizations*, New York, Academic Press, 1983, pp. 4-9.

<sup>3</sup> Cf. Marcus, *op. cit.*; Hebert Harvey, "Cultural Continuity in Central Mexico: A Case for Otomangue", en *Actas del XXXV Congreso Internacional de Americanistas*, v. 2, México, [s.e.], 1962.

<sup>4</sup> Cf. Harvey, *op. cit.*, *passim*.

<sup>5</sup> La escisión fue paulatina, como lo demuestra la existencia de las formas dialectales del pame (pame del sur y del norte, con tres versiones intermedias). La forma del sur guarda un porcentaje mayor de rasgos afines con el otomí que el pame del norte.

<sup>6</sup> Jacques Soustelle, *La familia Otomí-Pame du Mexique Central*, París, Institut d'Ethnologie, 1937, pp. 407-409; Morris Swadesh, "The Otomanguean Hypothesis and Macro Mixtecan", en *International Journal of American Linguistics*, v. 26, no. 2, Baltimore, abril 1960, *passim*.

<sup>7</sup> Muchos han sostenido la hipótesis; siendo el más célebre sustentante Miguel Othón de Mendizabal, *Los otomíes no fueron los primeros pobladores del Valle de México*, en *Obras completas*, v. 2, México, [s.e.], 1946.

<sup>8</sup> Los pasajes en las crónicas coloniales dan una idea de las diferentes versiones.

<sup>9</sup> Sobre la configuración de Teotihuacán, ver Wigberto Jiménez Moreno, "Síntesis de la historia pretolteca de Mesoamérica", en *Esplendor del México Antiguo*, 2 v., México, Centro de Investigaciones Antropológicas de México, 1959, *passim*. Sobre el asunto de la periferia aldeana de Teotihuacán, ver Enrique Nalda, "México prehispánico: origen y formación de las clases sociales", en Enrique Semo (coord.), *México, un pueblo en la historia*, v. 1, México, Universidad Autónoma de Puebla-Editorial Nueva Imagen, 1981, pp. 105-117.

<sup>10</sup> Wigberto Jiménez Moreno, "Tula y los toltecas según las fuentes históricas", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, v. 5, nos. 2-3, México, 1941; y "Síntesis de la historia pretolteca. . .", *op. cit.* El primero particularmente para el problema de las fuentes escritas.

<sup>11</sup> Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, México, Porrúa, 1982, libro 10, cap. 29, p. 603.

<sup>12</sup> Cit. por Pedro Carrasco Pizana, *Los otomíes. Cultura e historia prehispánica de los pueblos mesoamericanos de habla otomiana*, México, UNAM, 1950, p. 283.

<sup>13</sup> Wigberto Jiménez Moreno, "Epoca prehispánica", en W. Jiménez Moreno *et al.*, *Historia de México*, México, Ed. ECLALSA-Librería Porrúa, 1977, p. 100.

<sup>14</sup> Muchos autores hablan de esto. Ver, por ejemplo, Wigberto Jiménez Moreno, "Epoca prehispánica", *op. cit.*, p. 106; también Charles E. Dibble, en su estudio introductorio al *Códice Xólotl*, ed. facsimilar, México, UNAM, 1980, p. 19.

<sup>15</sup> Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, 2 v., México, UNAM, 1975, pp. 298-299; *Códice Xólotl*, *op. cit.*, plancha II.

<sup>16</sup> *Relaciones de Hueypuchtlá y Tezcatepec*, cit. por Pedro Carrasco Pizana, *op. cit.*, p. 252.

<sup>17</sup> Cit. en *ibid.*, p. 253.

<sup>18</sup> Phil C. Weigand, "La prehistoria del Estado de Zacatecas. Una interpretación", en *Zacatecas. Anuario de historia*, v. 1, Zacatecas, Universidad Autónoma de Zacatecas 1978, p. 233. Debo decir que, en el momento de entregar este texto para su publicación, he tenido conocimiento de una crítica contundente de Marie-Areti Hers a los resultados del trabajo de Weigand; especialmente a su cronología.

<sup>19</sup> Pedro Armillas, "Condiciones ambientales y movimientos de pueblos en la frontera septentrional de Mesoamérica", en *Homenaje a Fernando Márquez Miranda*, Madrid, [s.e.], 1964, *passim*.

<sup>20</sup> Dominique Michelet, *Río Verde, San Luis Potosí (Mexique)*, México, Centre d'Etudes Mexicaines et Centraméricaines, 1984, p. 69.

<sup>21</sup> El señorío de Azcapotzalco tenía una importante población otomí, pero el grupo gobernante era nahua.

<sup>22</sup> *Información sobre los tributos que los indios pagaban a Moctezuma, año de 1554*, México, José Porrúa e Hijos, 1952. Los seis testigos indios que prestan declaración refieren una lista de pueblos, tributarios de la Triple Alianza, que coinciden básicamente con la de la *Matrícula de Tributos*. En ella aparecen varios pueblos otomíes, y se relata detalladamente qué tributaban y en qué cantidades. Los pueblos son: Acolman, Cuauhtitlán —que tenía población otomí—, Axácuba, Atotonilco, Atotonilco el Grande, Xilotepec, Cuahuacan, Toluca, Apan y Tepeaca.

<sup>23</sup> Pedro Carrasco Pizana, *op. cit.*, pp. 277-279.

<sup>24</sup> Fray Toribio de Benavente o Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*, México, Ed. Porrúa, 1979, p. 14; Alva Ixtlilxóchitl, *op. cit.*, v. 2, pp. 208-209.

<sup>25</sup> Hernán Cortés, *Cartas de relación*, México, Ed. Porrúa, 1981, p. 140; Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, 2 v., Madrid, Ediciones Atlas, 1971, v. 2, p. 185; Fray Juan de Torquemada, *Monarquía Indiana*, 7 v., México, UNAM, 1975, v. 2, pp. 279-280.

<sup>26</sup> Ver el capítulo "Relaciones conflictivas internas", en Hildeberto Martínez, *Tepeaca en el siglo XVI. Tenencia de la tierra y organización de un señorío*, México, CIESAS, 1984.

<sup>27</sup> Sobre el funcionamiento colonial del Valle de Toluca ver Margarita Loera y Chávez, *Economía campesina indígena en la colonia. Un caso en el Valle de Toluca*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1981, *passim*, donde se trata especialmente el caso de Calimaya, zona de población otomí y matlatzinca. Para Metztlán, ver Walter W. Scholes, "The Diego Ramírez Visita in Metztlán", en *Hispanic Historical Review*, v. 24, Durham, North Carolina, 1944, pp. 30-38. Para la Cuenca de México, la mejor consulta sigue siendo Charles Gibson, *Los aztecas bajo el dominio español. 1519-1810*, México, Siglo XXI Editores, 1981.

<sup>28</sup> "Informe de los méritos y servicios prestados por Don Fernando de Tapia en la conquista y fundación de Querétaro y Probanza del cacicazgo de Don Diego de Tapia", en *Boletín del Archivo General de la Nación*, v. 5, no. 1, México, enero-febrero, 1934, *passim*.

<sup>29</sup> John C. Super, *La vida en Querétaro durante la Colonia, 1531-1810*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, p. 186.

<sup>30</sup> "Descripción de Querétaro por su alcalde mayor Hernando de Vargas (20 de enero de 1582)", en Primo Feliciano Velázquez, *Colección de documentos para la historia de San Luis Potosí*, v. 1, San Luis Potosí, [s.e.], 1897, p. 16.

- <sup>31</sup> John C. Super, *op. cit.*, pp. 202-203.
- <sup>32</sup> "Testamento de Doña Beatriz de Tapia (Querétaro, 1601)", en *Boletín del Archivo General de la Nación*, v. 17, no. 4, México, octubre-diciembre, 1964, *passim*.
- <sup>33</sup> "Descripción de Querétaro. . .", *op. cit.*, pp. 23-25.
- <sup>34</sup> Jacques Soustelle, *op. cit.*, pp. 489-491.
- <sup>35</sup> Francisco Javier Alegre, *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús en la Nueva España*, 3 v., Roma, Institutum Historicum S.J., 1856, v. 2, pp. 301-302.
- <sup>36</sup> *Ibid.*, v. 2, pp. 662-663.
- <sup>37</sup> La mayor parte se ha perdido.
- <sup>38</sup> Francisco Javier Alegre, *op. cit.*, v. 2, p. 242.
- <sup>39</sup> Jacques Soustelle, *op. cit.*, pp. 496-501.
- <sup>40</sup> *Ibid.*, pp. 506-508.
- <sup>41</sup> John C. Super, *op. cit.*, p. 191.
- <sup>42</sup> "Motín de los indios de Ajácuba", en *Boletín del Archivo General de la Nación*, 3a. serie, v. 3, no. 1 (7), México, enero-marzo, 1979, *passim*.
- <sup>43</sup> Jacques Soustelle, *op. cit.*, p. 510.
- <sup>44</sup> John C. Super, *op. cit.*, pp. 191-192.
- <sup>45</sup> Manuel Arellano Zavaleta, "Síntesis de la situación económica, política y social de la zona árida del Valle del Mezquital, durante la primera mitad del siglo XIX", en *Summa Anthropologica en homenaje a Roberto Weitlaner*, México, INAH, 1966, p. 615.
- <sup>46</sup> *Ibid.*, p. 616.
- <sup>47</sup> Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, CISINAH, 1979, p. 169 y ss.
- <sup>48</sup> Fray Manuel de San Juan Crisóstomo Naxera, *De Lingua Othomitorum Dissertatio*, Filadelfia, James Kay, 1835.
- <sup>49</sup> "Elements de la grammaire othomi", en *Revue Orientale et Americaine*, v. 8, París, 1859-1866.
- <sup>50</sup> *Instituto Lingüístico de Verano. Conformado e impulsado en México*, México, ILV, [s.f.], p. 7.
- <sup>51</sup> Ernesto Pérez Francisco, *Yu sui bin ja. Las guerras*, México, Instituto Lingüístico de Verano-SEP, 1975, *passim*.
- <sup>52</sup> Ver "Redención del Mezquital", en *Tiempo*, v. 34, n. 869, México, 29 dic., 1958. Algunos carteles de propaganda alemanista se reproducen en Blanca Torres, *Hacia la utopía industrial, 1940-1952. Historia de la Revolución Mexicana*, v. 21, México, El Colegio de México, 1984.
- <sup>53</sup> Manuel Esparza Fuentes, "La aculturación de los otomíes del Mezquital. Un intento de evaluación del PIVM", México, Universidad Iberoamericana, Escuela de Antropología, 1968 (Tesis de Licenciatura), p. 254.
- <sup>54</sup> *Ibid.*, p. 251.
- <sup>55</sup> Gonzalo Aguirre Beltrán, "Cultura y nutrición", en *Estudios antropológicos publicados en homenaje al doctor Manuel Gamio*, México, UNAM-Sociedad Mexicana de Antropología, 1956, p. 232.
- <sup>56</sup> Recuérdese el párrafo, citado arriba, de la "Descripción de Querétaro".

<sup>57</sup> Fundamentalmente Richmond Anderson *et al.*, "Sugestiones para el mejoramiento de la alimentación de los indígenas del Valle del Mezquital", México, Instituto Indigenista Interamericano, 1950. De este reporte ha partido la mayoría de las consideraciones de otros trabajos.

<sup>58</sup> *Ibid.*, p. 1.

## Bibliografía

- Aguirre Beltrán, Gonzalo. "Cultura y nutrición", en *Estudios antropológicos publicados en homenaje al doctor Manuel Gamio*. México, UNAM-Sociedad Mexicana de Antropología, 1956.
- Alegre, Francisco Javier. *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús en la Nueva España*. Ed. de Ernest J. Burrus y Félix Zubillaga, 3 v., Roma, Institutum Historicum S.J., 1956.
- Alva Ixtlilxóchitl, Fernando de. *Obras históricas*. Ed. de Edmundo O'Gorman, 2 v., México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975. (Serie de historiadores y cronistas de Indias, 4.)
- Anderson, Richmond *et al.* "Sugestiones para el mejoramiento de la alimentación de los indígenas del Valle del Mezquital". México, Instituto Indigenista Interamericano, 1950.
- Arellano Zavaleta, Manuel. "Síntesis de la situación económica, política y social de la zona árida del Valle del Mezquital, durante la primera mitad del siglo XIX", en *Summa Anthropologica en homenaje a Roberto Weillaner*. México, INAH, 1966.
- Armillas, Pedro. "Condiciones ambientales y movimientos de pueblos en la frontera septentrional de Mesoamérica", en *Homenaje a Fernando Márquez Miranda*. Madrid, [s.e.], 1964.
- Carrasco Pizana, Pedro. *Los otomíes. Cultura e historia prehispánica de los pueblos mesoamericanos de habla otomiana*. México, UNAM, Instituto de Historia, 1950.
- Cervantes de Salazar, Francisco. *Crónica de la Nueva España*. Ed. de Manuel de Magallón, 2 v., Madrid, Ediciones Atlas, 1971. (Biblioteca de Autores Españoles.)
- Códice Xólotl*. Ed., estudio y apéndice de Charles E. Dibble, 2 v., ed. facsimilar, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1980. (Serie Amoxtli, 1.)
- Cortés, Hernán. *Cartas de relación*. 12a. ed., nota de Manuel Alcalá, México, Editorial Porrúa, 1981. (Sepan cuantos, 7.)
- "Descripción de Querétaro por su alcalde mayor Hernando de Vargas (20 de enero de 1582)", en Primo Feliciano Velázquez, *Colección de documentos para la historia de San Luis Potosí*. V. 1, San Luis Potosí, [s.e.], 1897.
- "Elements de la grammaire othomi", en *Revue Orientale et Americaine*. V. 8, París, Leon de Rosny, 1859-1866.
- Gibson, Charles. *Los aztecas bajo el dominio español, 1519-1810*. 6a. ed., México, Siglo XXI Editores, 1981. (Colección América Nuestra, 15.)
- Gutiérrez de Limón, Sylvia. *Arqueología del Valle de Ixtlahuaca*. Prol. de Noemí Castillo, México, Gobierno del Estado de México-FONAPAS, 1979. (Biblioteca Enciclopédica del Estado de México.)
- Harvey, Herbert. "Cultural Continuity in Central Mexico: A Case for Otomangue", en *Actas del XXXV Congreso Internacional de Americanistas*. V. 2, México, [s.e.], 1962.
- Información sobre los tributos que los indios pagaban a Moctezuma. Año de 1554*. Eds. France V. Scholes y Eleanor B. Adams. México, José Porrúa e hijos, 1952. (Documentos para la historia del México Colonial, 4.)

- "Informe de los méritos y servicios prestados por Don Fernando de Tapia en la conquista y fundación de Querétaro y Probanza del cacicazgo de Don Diego de Tapia", en *Boletín del Archivo General de la Nación*. V. 5, no. 1, México, AGN, enero-febrero, 1934.
- Instituto Lingüístico de Verano. Conformado e impulsado en México*, México, ILV, [s.f.].
- Jiménez Moreno, Wigberto. "Tula y los toltecas según las fuentes históricas", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*. V. 5, no. 2-3, México, Sociedad Mexicana de Antropología, 1941.
- "Síntesis de la historia pretolteca de Mesoamérica", en *Esplendor del México Antiguo*. Eds. Noriega, Cook de Leonard y Moctezuma, 2 v. México, Centro de Investigaciones Antropológicas de México, 1959.
- "Epoca prehispánica", en W. Jiménez Moreno *et al.* *Historia de México*. México, Editorial ECLALSA-Librería Porrúa, 1977.
- Loera y Chávez, Margarita. *Economía campesina indígena en la colonia. Un caso en el Valle de Toluca*. México, Instituto Nacional Indigenista, 1981.
- Manrique, Leonardo. "The Otomi", en *Handbook of Middle American Indians. Ethnology*. V. 8, 2a. parte, Austin, University of Texas Press, 1969.
- Marcus, Joyce. "The Genetic Model and the Linguistic Divergence of the Otomangueans", en *The Cloud People. Divergent Evolution of the Zapotec and Mixtec Civilizations*. Eds. Flannery y Marcus, New York, Academic Press, 1983.
- Martínez Hildeberto. *Tepeaca en el siglo XVI. Tenencia de la tierra y organización de un señorío*. México, CIESAS, 1984. (Ediciones de la Casa Chata, 21.)
- Marzal Fuentes, Manuel. "La aculturación de los otomíes del Mezquital. Un intento de evaluación del PIVM". México, Universidad Iberoamericana, Escuela de Antropología, 1968 (Tesis de Licenciatura).
- Mendizabal, Miguel Othón de. *Los otomíes no fueron los primeros pobladores del Valle de México. En Obras completas*, v. 2, México, [s.e.], 1946.
- Michelet, Dominique. *Río Verde, San Luis Potosí (Mexique)*. México, Centre d'Etudes Mexicaines et Centroamericanines, 1984. (Collection Etudes Mesoamericaines, 9.)
- "Motín de los indios de Ajácuba", en *Boletín del Archivo General de la Nación*. 3a. serie, v. 3, no. 1 (7), México, AGN, enero-marzo, 1979.
- Motolinia, Fray Toribio de Benavente o. *Historia de los indios de la Nueva España*. Estudio preliminar y apéndices de Edmundo O'Gorman. 3a. ed., México, Editorial Porrúa, 1979. (Sepan cuantos, 129.)
- Nalda, Enrique. "México prehispánico: origen y formación de las clases sociales", en *México, un pueblo en la historia*. Coord. Enrique Semo. V. 1, México, Universidad Autónoma de Puebla-Editorial Nueva Imagen, 1981.
- Naxera, Fray Manuel de San Juan Crisóstomo. *De Lingua Othomitorum Dissertatio*. Filadelfia, James Kay, 1835.
- Pérez Francisco, Ernesto. *Y\* sui bin ja. Las guerras*. México, Instituto Lingüístico de Verano, SEP, Dirección General de Educación Extraescolar, 1975.
- "Redención del Mezquital". En *Tiempo*. V. 34, no. 869, México, 29 de diciembre, 1958.

- Sahagún, Fray Bernardino de. *Historia general de las cosas de la Nueva España*. Ed., anotaciones y apéndices de A.M. Garibay K. 5a. ed., México, Editorial Porrúa, 1982 (Sepan cuantos, 300.)
- Scholes, Walter W. "The Diego Ramírez Visita a Metztlán", en *Hispanic American Historical Review*. V. 24, Durham, North Carolina, Duke University Press, 1944.
- Soustelle, Jacques. *La famille Otomi-Pame du Mexique Central*. París, Institut d'Ethnologie, 1937. (Travaux de l'Institut d'Ethnologie, 26.)
- Super, John C. *La vida en Querétaro durante la Colonia, 1531-1810*. Trad. Mercedes Pizarro. México, Fondo de Cultura Económica, 1983.
- Swades, Morris. "The Otomanguan Hypothesis and Macro Mixtecan", en *International Journal of American Linguistics*. V. 26, no. 2, Baltimore, Indiana University, abril, 1960.
- "Testamento de Doña Beatriz de Tapia (Querétaro, 1601)", en *Boletín del Archivo General de la Nación*. V. 17, no. 4, México, AGN, octubre-diciembre, 1964.
- Torquemada, Fray Juan de. *Monarquía Indiana*. Ed. del Seminario para el estudio de fuentes de tradición indígena, 7 v., México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975. (Serie de historiadores y cronistas de Indias, 5.)
- Torres, Blanca. *Hacia la utopía industrial, 1940-1952. Historia de la Revolución Mexicana*. V. 21, México, El Colegio de México, 1984.
- Villoro, Luis. *Los grandes momentos del indigenismo en México*. 2a. ed., CISINAH, 1979. (Ediciones de la Casa Chata, 9.)
- Weigand, Phil C. "La prehistoria del Estado de Zacatecas. Una interpretación", en *Zacatecas. Anuario de historia*. V. 1, Zacatecas, Universidad Autónoma de Zacatecas, 1978. (Departamento de Investigaciones Históricas.)